

**La operación ensayo.
Sobre el ensayar y el ensayarse en el pensamiento, en la escritura y en la vida.¹
(Jorge Larrosa).**

**(en Falcao, L.F. y de Souza, P.,
Michel Foucault. Perspectivas.
Rio de Janeiro. Achiamé 2005.
Págs. 127-142).**

Para Alfredo, fraternalmente.

Un ensayar y un preguntar fue todo mi camino.
F. Nietzsche.

Todos nosotros nos hemos hecho mayores. Llevamos años leyendo a Foucault, explicando a Foucault, comentando a Foucault, tratando de comprenderlo, de aplicarlo, de usarlo, intentando mantener viva una obra que nunca quiso ser “obra”, tratando de seguir trabajando en alguno de los caminos que llevan su nombre, intentando pensar en alguna de las direcciones que él señaló. Pero, en ese tiempo, señoras y señores, todos nosotros nos hemos hecho mayores. A veinte años de la muerte de Foucault, a lo mejor se trata de hacer balance. Tal vez nos hemos reunido para eso. Pero en esos veinte años somos nosotros los que nos hemos hecho mayores y tengo la sensación de que, para muchos de nosotros, un balance de la obra de Foucault se confunde ya con un balance de nosotros mismos. Por eso, hacer un balance de lo que hay de “vivo” en la obra de Foucault supone, tal vez, hacer un balance de lo que hay de “vivo” en nosotros: en nuestras palabras, en nuestras ideas, en nuestra forma de escribir y de leer, en nuestra forma de pensar, en todas esas cosas que hacemos y que somos y que, de alguna manera, la lectura de Foucault contribuyó y quizá sigue contribuyendo a formar y a transformar. No tengo la menor duda de que, sin Foucault, vosotros y yo seríamos otros. No sé si mejores o peores pero, en cualquier caso, otros. Nosotros somos, quizá ya inevitablemente, los que leímos a Foucault. Para mí, como para muchos de vosotros, la obra de Foucault marcó los años de juventud, los años de aprendizaje, los años de las decisiones, los años en los que uno se toma a sí mismo en serio, los años en los que se configura tal vez lo fundamental de nuestra manera de situarnos en relación al mundo, a los otros y a nosotros mismos, y, más concretamente, los años en los que se constituye lo fundamental de nuestra manera de habérselas con ese extraño oficio de palabras y de ideas que es el nuestro. Para mí la huella de Foucault está en la formación de mi manera de escribir y de leer, de mi manera de pensar, de mi manera de habitar ese paradójico oficio de profesor, ese oficio que tiene que ver con escribir y hacer escribir, con leer y dar a leer, con ciertos modos de hablar y de escuchar, con ciertas maneras de pensar y de dar a pensar. Después, como muchos de vosotros, he seguido leyendo y explicando y comentando a Foucault, aunque cada vez menos, y he tratado de aplicar alguno de sus conceptos o de desarrollar alguno de sus problemas, aunque cada vez menos. Ahora sé mucho más de Foucault de lo que sabía y creo que lo entiendo mejor de lo que lo entendía. Incluso es posible que, directa o indirectamente, haya hecho alguna contribución al desarrollo de los estudios foucaultianos en alguno de los campos en los que he trabajado. Ahora me he hecho mayor. Sin embargo, el nombre de Foucault y, por tanto, esta reunión que estamos haciendo en nombre de Foucault, me trae,

¹ El presente texto fue presentado como Conferencia de Clausura en el *Seminario Internacional Michel Foucault: Perspectivas* celebrado en Florianópolis en septiembre de 2004.

inevitablemente, ese inquietante aroma de juventud. Ítalo Moricone, en su conferencia en este mismo seminario, habló de cómo Foucault fue recibido entre los ambientes intelectuales y militantes de Rio de Janeiro como un modo juvenil de pensar, como la juventud hecha forma de hacer filosofía, hecha sujeto filosófico. Eso es lo que me pasó a mí también en mis años mozos. Tal vez sea por eso que, cuando pensaba qué es lo que iba a ser este encuentro y cuando decidía cuál podría ser mi contribución al mismo, me dieron ganas de proponerles un balance, pero no de Foucault, sino de nosotros mismos, de qué significa para cada uno de nosotros el hecho de que, marcados profundamente por la lectura juvenil de Foucault, nos hemos hecho mayores.

Algunos de vosotros estaréis temiendo un ejercicio retrospectivo de marcado carácter senil y, por lo tanto, tan narcisista como falto de interés, sobre cómo hemos llegado a ser lo que somos, o, lo que sería aún peor, un discurso de marcado carácter moralista y, por tanto, insoportable, sobre la fidelidad o la traición a nuestros propósitos de juventud, sobre qué queda y qué no queda en nosotros del tiempo en que éramos jóvenes y leíamos a Foucault. Espero no caer en eso. Pero sí que quiero comenzar este ejercicio con una pequeña nota autobiográfica que lo justifique. Y que diga algo, quizá no completamente trivial, sobre qué es lo que significa, al menos para mí pero tal vez también para algunos de vosotros, que hubo un tiempo en que leímos a Foucault y que ahora nos hemos hecho mayores.

Dicen que, cuando era joven, Foucault quería ser Blanchot. Tal vez podamos pensar, por la deriva de su obra, que más tarde quiso ser un griego de la época clásica, tal vez un epicúreo, o un cínico. Aunque, eso sí, un epicúreo que había leído a Blanchot. Y, por mediación de Blanchot, a Nietzsche. Y, por mediación de Nietzsche y de Paul Veyne, a los griegos. A mí me parece que lo que Foucault quería ser es un griego el siglo V antes de Cristo que daba conferencias en una California de finales del siglo XX en la que aún se notaran las marcas contraculturales de los años 70.

Yo, cuando era joven, quería ser Foucault. En algún momento de esa juventud cada vez más lejana pasé unos meses en París, en el archivo Foucault que entonces estaba en la misma biblioteca en la que Foucault había trabajado los últimos años de su vida. En esa biblioteca estaba, no sólo la obra de Foucault, sino también muchos de los textos griegos y latinos que Foucault leía y consultaba. Así que, cuando encontraba una cita de Séneca o de Marco Aurelio, me podía permitir el lujo de pedir los mismos ejemplares de Séneca o de Marco Aurelio que Foucault había leído, a veces con marcas y subrayados del propio Foucault, y continuar esa lectura. Lo que me pasó entonces es que pasaba más tiempo leyendo a Séneca y a Marco Aurelio que al mismo Foucault. Por otra parte, como lo que yo quería era ser francés, y no español, y como cada vez tenía más clara la impresión de que Foucault era uno más, quizá uno de los más grandes, en esa maravillosa tradición de los moralistas franceses que arranca con Montaigne y que atraviesa, de una forma tan noble, la así llamada Ilustración, con figuras de la talla de Montesquieu o de Voltaire o del mismo Rousseau, pues empecé a leer a Montaigne, en un francés del siglo XVII que me recordaba al rústico catalán de mis abuelos. Si para ser español hay que leer el Quijote, para ser francés, pensaba yo, hay que leer a Montaigne. Y ahí sí que vino el deslumbramiento. Tanto que decidí que lo que yo quería era ser Montaigne. Aunque, eso sí, un Montaigne que había leído a Foucault y que a lo mejor hasta podía dar conferencias, si no en California, sí en algunos lugares de ese Brasil brasileiro que entonces sólo era para mí una vaga figura de lo lejano.

En aquella época andaba yo tomando notas para lo que después sería mi primer libro, un libro sobre la experiencia de la lectura pero, sobre todo, un libro en el que estaba aprendiendo a escribir, en el que trataba de hacerme un estilo propio (con perdón de la expresión), en el que trataba de apropiarme de una cierta biblioteca y también, por qué no decirlo, de algunos temas en relación a los cuales poder presentarme como “especialista”. Ese libro, naturalmente, tiene un capítulo sobre Montaigne y un capítulo sobre Foucault y, como cuando finalmente se publicó, ya había dado alguna conferencia en Brasil, tiene también un capítulo que es el resultado de una conversación en Porto Alegre con Alfredo Veiga Neto, uno de los responsables de que Brasil sea hoy, en parte, foucaultiano. Para que se hagan ustedes idea de aquella hermosa primavera en París en la que traicionaba a Foucault leyendo a Montaigne, en la que trataba de distanciarme del concurso de dobles de Foucault queriendo ser Montaigne, y quizá, ¡ay de mí!, para recuperar algo de ese espíritu de juventud... algo del aroma de aquel tiempo en el que, entre Foucault y Montaigne, aún andaba buscándome a mí mismo, voy a leerles a continuación un fragmento de mi diario de aquellos días.

Paso las mañanas con Foucault y las tardes con Montaigne. Me interesa lo que dicen, claro, pero me interesa sobre todo su manera de escribir y de leer y sus reflexiones sobre la escritura y sobre la lectura. Lo que me gusta es pasar las mañanas con Foucault en su biblioteca, con sus libros, con los libros que él leía, que él citaba, en relación a los que él pensaba... y pasar las tardes con Montaigne, imaginándolo también en su biblioteca, en ese movimiento casi enloquecido entre los estantes que almacenan la lectura y la mesa que centra la escritura. La biblioteca en la que paso las mañanas está llena de foucaultianos de todas las razas, de todas las lenguas y de todas las edades que intentan hablar como Foucault, pensar como Foucault, reírse como Foucault, vivir como Foucault y hasta morir como Foucault. En esta biblioteca, a veces, tengo la extraña sensación de estar participando en un concurso de dobles de Foucault. Tanto es así que a veces pienso que, aunque nos declaremos investigadores, todos hemos venido aquí con la secreta intención, si no de ser Foucault, sí al menos de que se nos pegue algo de Foucault. Pero en el banco en el que paso las tardes leyendo a Montaigne, viendo pasar a las chicas y pensando en mi vida, en el mundo y en ti, sé que lo que de verdad me hubiera gustado es ser Montaigne, ese caballero francés escéptico, elegante, cortés, constantemente asombrado por la riqueza de la vida; ese hombre de mundo, mundano en el buen sentido de la palabra, ese vividor, también en el buen sentido de la palabra, con una libertad interior casi inimaginable, capaz de una enorme ternura con todo lo que le rodeaba, una ternura que nunca es sentimental; ese hombre que vivió entre libros, mujeres y caballos, siempre con el corazón en la mano, o con el corazón en la pluma, o con el corazón en la lengua, sincero pero al mismo tiempo discreto y contenido; ese hombre que hizo obra del cultivo paciente y obsesivo de sus ocios, de sus apartamientos, pero que también trabajó, cuando tuvo que trabajar, con toda honestidad y sin ninguna esperanza; ese hombre que inventó el ensayo y que hizo de su vida un ensayo con esa pasión, esa frescura, ese vigor, esa inocencia y esa despreocupación que es propia de los inicios de cualquier cosa, antes de su anquilosamiento en fórmulas; ese hombre cuya lengua me ha atrapado en esta primavera hermosísima en la que estoy dedicando las mañanas a estudiar a Foucault, ese otro escritor con el que también estoy aprendiendo qué significa ensayar y qué significa ensayarse.

Ensayar y ensayarse, de eso se trataba, para mí, en aquella primavera parisina. Por un lado, andaba trabajando sobre eso de las tecnologías del yo y de las artes de la

existencia. Por otro lado, estaba pensando ya en la forma y el contenido de lo que sería mi primer libro, seleccionando mis lecturas, formando mi estilo, configurando mis temas. En medio de todo eso, estaba buscándome a mí mismo, pensando en quién era yo y en qué es lo que yo quería hacer conmigo mismo. Estaba comenzando a ensayar y a ensayarme. Y es ahí donde la lectura de Foucault se me mezcló con la de Montaigne. Podría decirse que esa primavera parisina marcó mis últimos años de formación. Y ahora que me he hecho mayor sigo con eso del ensayar y del ensayarse, pero de otra manera, dándole vueltas a eso de la experiencia en la lectura y en la escritura, elaborando la relación entre experiencia y subjetividad y entre experiencia y pluralidad, tratando de problematizar los tres lenguajes mayores de la experiencia: el poema, el relato y el ensayo. En fin, que en eso es en lo que ando ahora, leyendo otra vez a Montaigne, y a Adorno, y a Luckács, y a Musil, y a Benjamin, y a Foucault, tratando de pulsar cómo el ensayo puede ser tomado como un lenguaje de la experiencia, como un lenguaje que modaliza de una forma particular la relación entre experiencia y pensamiento, entre experiencia y subjetividad y entre experiencia y pluralidad. Y tratando de pensar, en relación a eso, los límites y las posibilidades de mis propias opciones de escritura. Y es ahí, en ese contexto, que he preparado mi participación en esta reunión en la que ya no sé si hago un balance de la obra de Foucault o un balance de mí mismo.

Ensayo y experimentación.

Si mi alma pudiera hacer pie, yo no me ensayaría, me resolvería; pero ella se encuentra siempre en aprendizaje y en prueba.
Montaigne.

En ese escrito entre programático y testamentario que es la introducción al segundo volumen de la Historia de la Sexualidad, Foucault nombra su trabajo con la palabra “ensayo” así, entrecomillada. Todos ustedes conocen la cita. Pero no la voy a leer ahora para después comentarla, sino que voy a proceder justamente al revés. Voy a dejar esa cita para el final, para leerla después de mi intervención, después de hacer algunas consideraciones sobre el ensayo. Pero no tanto sobre la forma ensayo, como sobre la operación ensayo, sobre qué le pasa al pensamiento cuando ensaya, y a la escritura, y a la vida, sobre por qué, a veces, el pensamiento y la escritura y la vida ensayan, se hacen ensayo. Se ha dicho, con razón, que hay tantos ensayos como ensayistas, que el ensayo es, justamente, la forma no regulada de la escritura y del pensamiento, su forma más variada, más proteica, más subjetiva. Podría decirse, quizá, que el ensayo es más una actitud existencial, una manera de habérselas con la realidad, una manera de habitar el mundo, que un género de escritura. Podría decirse, quizá, que el ensayo es el precipitado escrito de una actitud existencial que, obviamente, muestra enormes variaciones históricas, contextuales y, desde luego, subjetivas. Podría decirse, quizá, que el ensayo es una determinada operación en el pensamiento, en la escritura y en la vida que se realiza de diferentes maneras en diferentes épocas, en diferentes contextos y por diferentes personas. Podría decirse, quizá, que el ensayo es el modo experimental del pensamiento, el modo experimental de una escritura que aún pretende ser una escritura pensante, pensativa, que aún se produce como una escritura que da qué pensar, y el modo experimental, por último, de la vida, de una forma de vida que no renuncie a una constante reflexividad sobre sí misma, a una permanente metamorfosis. Todos ustedes conocen la importancia que tiene en Foucault esa triple actitud experimental. Y todos

ustedes habrán advertido la frecuencia con la que aparece la palabra experiencia en los momentos en los que Foucault trata de dar cuenta de sus intenciones como escritor, como pensador, como militante, en particular en los prólogos de sus obras mayores, en las introducciones a sus cursos o en muchas de las entrevistas. Así que, en el interior de esas consideraciones sobre la operación ensayo, sobre la relación entre ensayo y experiencia, sobre el ensayo como uno de los lenguajes de la experiencia, trataré de perfilar por qué Foucault es un ensayista y, sobre todo, cómo lo es, cuál es su forma peculiar de realizar la operación ensayo.

Ese es el asunto que quisiera someter hoy a su consideración. ¿Y si la obra de Foucault fuera una operación ensayo en el pensamiento, en la escritura y en la vida? ¿y si fuera también una operación sobre el ensayo? Porque el retorno del ensayo no puede ser sino problemático. Una de las características del ensayo es, precisamente, una incesante problematización y reproblemalización de sí mismo. Por tanto, el asunto no sería el de la permanencia, en Foucault, de un género tradicional, de un género que nace con la modernidad y se desarrolla con ella, sino el modo como Foucault reinventa el ensayo operando sobre aquellas de sus peculiaridades que lo constriñen a ser un género moderno. El asunto sería el modo como Foucault opera sobre el ensayo para hacerlo habitable y operativo más allá de sus límites históricos.

Voy a comenzar, entonces, por tratar ese asunto de un modo sin duda esquemático y provisional, y sólo después, al final de esta conferencia, leeré otra vez esa famosa cita que tantas veces hemos leído, que casi nos sabemos de memoria, con la esperanza de haber ampliado su sonoridad, de haber multiplicado sus resonancias, y con la esperanza, por qué no decirlo, de que nos diga algo a nosotros, ahora que nos hemos hecho mayores, más allá o más acá de la esclerotización escolar de una obra cuyos perfiles nos son cada vez más nítidos y en cuyos límites y posibilidades aún trabajamos, los que estamos aquí, en distintos contextos y con distinta fortuna.

Ensayar en presente.

Este orden no es tan firme como aparenta; ningún objeto, ningún yo, ninguna forma, ningún principio es seguro, todo sufre una invisible pero incesante transformación; en lo inestable tiene el futuro más posibilidades que en lo estable, y el presente no es más que una hipótesis todavía sin superar.

R. Musil.

No tenemos por herencia mas que viento y humo.
Montaigne.

El ensayo surge cuando se abre la posibilidad de una nueva experiencia del presente. Primero, cuando el pasado ha perdido toda autoridad y, por tanto, vuelve a ser leído desde el presente pero sin ninguna reverencia, sin ninguna sumisión. Segundo, cuando el futuro aparece como algo tan incierto, tan desconocido, que es imposible proyectarse en él. Tercero, cuando el presente mismo aparece como un tiempo arbitrario, como un tiempo que no se ha elegido, como un tiempo que sólo puede ser tomado como una morada contingente y provisional en la que siempre nos sentiremos extraños, como un

tiempo que se nos escurre constantemente de las manos, resistiéndose a cualquiera de nuestros intentos de fijarlo, de solidificarlo, de trazar su forma y sus perfiles.

El ensayo es una escritura en presente o, mejor, una escritura que establece una cierta relación con el presente. Hay una vinculación muy estrecha entre el ensayo y la actualidad. Pero una vinculación que es, al mismo tiempo, una distancia o, mejor, que se produce a través de una distancia. En Foucault, que es un ensayista disfrazado de historiador, se trata de una relación con el presente que se produce a través de una distancia temporal construida de un modo muy específico.

El ensayo no se sitúa fuera del tiempo, sino en el tiempo, y en un tiempo, además, consciente de su fugacidad, de su caducidad, de su finitud, de su contingencia. El ensayo es también, aunque de otra manera, palabra en el tiempo, pensamiento en el tiempo. Podríamos decir que el ensayista piensa y escribe sabiéndose mortal, sabiendo que tanto sus palabras como sus ideas son mortales y que, quizá por ello, están vivas. El ensayista sabe que ha nacido y que morirá. Sabe que todo lo que es, sus palabras y sus ideas, su manera de relacionarse con el mundo, con los otros y consigo mismo, tiene un principio y un final. No puede sino pensarse a sí mismo desde ese origen y desde ese final, en el tiempo que va desde su nacimiento a su muerte, en el tiempo que le ha tocado vivir, en el tiempo en el que le ha tocado pensar, en el tiempo en el que le ha tocado escribir.

Pero en el ensayo no se trata del presente como realidad, sino como experiencia. En el ensayo se trata de dar forma a una experiencia del presente. Es esa experiencia del presente la que da que pensar, la que debe ser pensada. La cuestión del ensayo es qué nos pasa ahora, quién somos ahora, qué es lo que podemos pensar, y qué es lo que podemos decir, y qué es lo que podemos experimentar ahora, en este preciso momento de la historia. Por eso, cuando el ensayista adopta la máscara del historiador, el tema de sus historias no es el pasado, sino el presente. Lo que le interesa al ensayista-historiador es la historia del presente: no la verdad de nuestro pasado, sino el pasado de nuestras verdades; no la verdad de lo que fuimos, sino la historia de lo que somos, de lo que tal vez ya estemos dejando de ser.

Ustedes saben cómo se construye esa relación con el presente en la arqueología, en la genealogía: la arqueología de nuestros saberes, la genealogía de nuestras prácticas. Ustedes saben cómo aparece la cuestión de la actualidad explícitamente tematizada en *¿Qué es la Ilustración?*, cuál es la relación que ahí se establece con el modo de interrogar el presente de Kant, de Baudelaire, en esa relación explícita entre una experiencia del presente y unas formas de subjetividad. Ustedes saben también cómo se plantea la cuestión del presente en esa ampliación de la distancia histórica que se produce con el salto a los griegos. Siempre se trata de crear una distancia entre nosotros y nosotros mismos. Siempre se trata de descoyuntar el presente, de desnaturalizar el presente, de desfamiliarizar el presente, de extrañar el presente, de convertir el presente no en un tema, sino en un problema, de hacer que percibamos como artificial, arbitrario y producido lo que nos parece dado, necesario o natural, de mostrar la extrañeza de lo que nos es más familiar, la lejanía de lo que nos es más próximo, .

Foucault produce esa desfamiliarización del presente usando un recurso retórico de origen Nietzscheano: no siempre fuimos lo que somos. Ustedes conocen los comienzos de Foucault: la razón es un invento reciente, el hombre es un invento reciente, la prisión

es un invento reciente, la escuela es un invento reciente, la infancia es un invento reciente, la normalidad es un invento reciente, la sexualidad es un invento reciente. Muchos de los libros de Foucault comienzan con un momento de extrañamiento, con la localización en el pasado de algo en lo que, claramente, no podemos reconocernos: el suplicio de Daniel en *Vigilar y Castigar*, la nave de los locos en la *Historia de la Locura*, y podríamos multiplicar los ejemplos. Se trata de prohibir la racionalización retrospectiva, la historia lineal, el sujeto constante y fundador. Se trata de producir, entre nosotros y nuestro pasado, fracturas, diferencias, mutaciones, discontinuidades. Se trata de señalar hacia algo en nuestro pasado que no podamos llamar nuestro, que pueda tomarse como lo otro de lo que somos.

Y, si no siempre fuimos lo que somos, es claro que no siempre seremos lo que somos. Ustedes saben como funcionan las ficciones de futuro en Foucault. Si en la relación con el pasado se trata de prohibir toda racionalidad retrospectiva, en la relación con el futuro se trata de prohibir toda racionalidad proyectiva. Nada de proponer esas alternativas que no son otra cosa que una proyección idealizada y desplazada de lo que somos. En nuestra manera de puntuar el tiempo hacia delante, en la que nos constituye, imaginar otro sistema todavía forma parte del sistema, diseñar una imagen del futuro todavía forma parte de las convenciones del presente. Nada de utopías, esas cómodas avenidas en las que la continuidad entre lo que somos y lo que quisiéramos ser queda subrayada, idealizada, magnificada. Ustedes conocen el uso magistral que Foucault hace de ese efecto retórico de la retro-profecía, de profetizar la mirada hacia atrás desde un tiempo futuro en el que nuestro presente aparecerá como extraño, como arbitrario, como exótico, como incomprensible. De lo que se trata es de proyectar el próximo fin de lo que somos y de imaginar, desde ese lugar ficticio, a alguien que nos mirará con ese mismo rostro atónito con el que nosotros leemos el suplicio de Daniel o el suave deslizarse de la nave de los locos.

Naturalmente, la cuestión es qué es el presente, qué es lo que nos dice el presente. Para eso hay que buscar signos del presente, detalles significativos, tal vez menudencias, aspectos mínimos que parecen banales, pero contemplados de otro modo, desde otro punto de vista, desde otra disposición, de manera que aparezcan como vistos por primera vez. Se trata de buscar detalles que puedan funcionar como síntomas, también en el sentido médico de la palabra: síntomas de nuestra salud y de nuestra enfermedad, de nuestra vida y de nuestro anquilosamiento, de lo que somos y ya no podemos o ya no queremos ser. Ahí está la magia y el talento del ensayista, en esa mirada afinada que le permite prestar atención a lo que habitualmente pasa desapercibido, al detalle, pero que, al mismo tiempo, consigue que ese detalle aparezca en una nueva perspectiva y que se amplíe hasta el infinito, que exprese todo un mundo y toda una manera de habitarlo y, a la vez, lo extrañe hasta hacerlo inhabitable. O hasta hacerlo habitable, pero precisamente en ese extrañamiento. Les pondré un ejemplo. Alfredo Veiga-Neto me acaba de pasar un texto muy hermoso que escribió con Maura Corcini y que tiene como epígrafe una frase de *Las palabras y las cosas* que dice así: “*aparentemente, este lugar es simple*”. El texto es una descripción más o menos foucaultiana de una fotografía que representa un fragmento de un aula, de una sala de clase. Una foto de un lugar evidente, conocido, aparentemente simple, pero que el talento del ensayista es capaz de ampliar hasta derivar de él toda una concepción del espacio y del tiempo escolar, toda una concepción del orden pedagógico, de sus rituales, de sus reglas, de sus límites y de sus posibilidades, también de las resistencias y de las transgresiones que se producen en su interior.

Pero el presente es difícil. La experiencia del presente que el ensayista aísla y piensa tiene que abrirse paso entre los voceros del presente, entre los dueños del presente, entre el ruido ensordecedor de todo lo que se nos da y se nos vende como presente, entre las imágenes demasiado evidentes con las que constantemente se fabrica el presente. Por eso el ensayo es una escritura en presente y para el presente, pero para el desfondamiento de las certezas y de las evidencias del presente, para la des-realización del presente. Una des-realización del presente que tiene consecuencias inevitables en la des-realización del pasado y, desde luego, en la des-realización del futuro.

Esa sería, para mí, la primera operación de Foucault sobre el ensayo y su marca en todos nosotros, lectores ya viejos de Foucault: pensar el presente desde el punto de vista de su des-realización. Por eso los viejos lectores de Foucault tenemos serios problemas no sólo con la idea de realidad, no sólo con el así llamado “realismo” filosófico, literario, epistemológico, artístico o de cualquier otro tipo, sino con la realidad misma. La realidad, junto con su origen y su destino, su aceptación y su transformación, es ya, para nosotros, quizá para siempre, un problema. Y la experiencia del presente se nos ha hecho ya, quizá para siempre, lo más difícil.

Ensayar en primera persona.

Nosotros impedimos nuestro pensamiento con lo general y con las causas y comportamientos universales, que se conducen muy bien sin nosotros, y es Miguel lo que nos toca más cerca que el hombre.
Montaigne.

El ensayo aparece con el yo, con el sujeto, con el sujeto moderno, pero no en su fuerza, en su orgullo, sino en su precariedad, en su relatividad, en su contingencia. De ahí la autoironía existencial, la relativización constante del yo, el rechazo permanente a lo que podríamos llamar, con Adorno, la coacción de la identidad. Podríamos decir que el ensayo participa de uno de los principios estructurantes del pensamiento moderno: el sujeto como lugar y fundamento de la verdad. Disueltas las garantías transcendentales, el sujeto no tiene otro fundamento que el que él mismo sea capaz de darse. Desde luego, se trata de un sujeto que, en la modernidad, oscila entre su precariedad y su arrogancia, el reconocimiento de su insustancialidad y su voluntad de hacerse a sí mismo y de hacer mundo. Pero aunque sea en su cara más débil, más frágil, más personal y más modesta, el ensayo pertenece sin duda a ese sistema de pensamiento que Foucault llamó pensamiento antropológico.

El ensayo es una escritura y un pensamiento en primera persona o, mejor, una escritura y un pensamiento que establece una cierta relación con la primera persona: que dice “yo” aunque no diga “yo”, que dice “nosotros” aunque la forma que adopta ese “nosotros” sea uno de sus mayores problemas. Además, la primera persona no está necesariamente como “tema”, sino como punto de vista, como mirada, como posición discursiva, como posición pensante. El ensayista no necesariamente se pone a sí mismo en su escritura, en su lenguaje o en su pensamiento, pero sin duda saca algo de sí mismo y, sobre todo, hace algo consigo mismo escribiendo, pensando, ensayando.

No se trata tanto de la verdad subjetiva, como de la verdad de la subjetividad, en la convicción de que lo comunicable, lo transmisible, lo que vale la pena escribir, lo que vale la pena pensar, no es lo real abstracto ni lo real empírico, no es la verdad más o menos definitiva de lo que son las cosas, sino la experiencia viva de alguien, el sentido siempre abierto y móvil de lo que nos pasa. No se trata de medir lo que hay, sino de medirse con lo que hay, de experimentar sus límites, de inventar sus posibilidades.

La verdad del ensayista no es algo exterior, sino algo de lo que da cuenta la propia vida. Se trata de la verdad de la subjetividad, de la verdad hecha subjetividad. Y de una subjetividad que se hace verdadera en el acto mismo de ensayarse. El ensayista siempre escribe y piensa de sí y desde sí. El valor de su escritura y de su pensamiento no se sostienen en nada exterior, en ninguna autoridad, en ninguna convención. Por eso el ensayista carga con la responsabilidad de lo dicho y es esa responsabilidad la que lo hace verdadero. El ensayo tiene algo de expresión de una subjetividad, de biografía de una subjetividad. Pero en tanto que esa subjetividad expresa un mundo, su mundo. Y en tanto también que esa subjetividad se pone a prueba, se ensaya, se inventa y se transforma. Por eso el ensayista no sólo pone en cuestión lo que somos, lo que sabemos, lo que pensamos, lo que decimos, el modo como miramos, como sentimos, como juzgamos, sino que, sobre todo, se pone en juego a sí mismo en ese cuestionamiento. Por eso el ensayo es también mirar la existencia desde sus posibles, ensayar nuevas posibilidades de vida.

La cuestión sería entonces si el ensayo puede hacerse cargo de esa subjetividad que, al mismo tiempo, reivindica una experiencia no antropológica o no subjetiva del pensamiento, de la escritura y de la vida. Foucault ha hecho algunas operaciones a ese respecto. Foucault ha emancipado al ensayo de la figura del autor, de esa figura que es el doble literario del concepto filosófico de sujeto. Lo ha desenmascarado como ficción, como efecto del lenguaje, lo ha destituido de su soberanía. Y Foucault ha transformado también la relación entre el sujeto y la verdad. En primer lugar, desnaturalizando el dispositivo científico-técnico moderno desde el cual se definen las reglas de los juegos de verdad. En segundo lugar, criticando una cierta modalidad de la vinculación entre subjetividad y verdad e invitando a una cierta de-sujeción de uno mismo en relación con las políticas de la verdad. Por último, convirtiendo en verdadero, en una experiencia de verdad, aquello que no deja de destituir al que habla y de cuestionar su propio discurso, aquello que no deja de destituir al que piensa y de cuestionar su propio pensamiento, aquello que no deja de destituir al que vive y de cuestionar su propia vida, su propia existencia. El ensayo, entonces, no es ya la expresión de la experiencia de un sujeto sino el lugar en el que la subjetividad se ensaya a sí misma, se experimenta a sí misma, en relación a su propia exterioridad, a lo que le es extraño. El ensayo como el modo de la escritura, del pensamiento y de la vida en el que el sujeto hace la experiencia de su propia contingencia y de su propia transformación.

Por eso, en el ensayo, lo importante no es la posición del sujeto o la o-posición al sujeto, sino la exposición del sujeto, una exposición que es un experimento de sí en el sentido activo de quien hace una experiencia o en el sentido pasional de quien padece una experiencia. El sujeto del ensayo, la primera persona del ensayo, es un sujeto, o una primera persona, que se ensaya, un sujeto o una primera persona experimentador y experimental.

Esa sería, para mí, la segunda operación de Foucault sobre el ensayo y su marca en todos nosotros, lectores ya viejos de Foucault: pensar al sujeto, a esa primera persona del singular que piensa, que escribe y que vive, desde el punto de vista de su transformación. Por eso, para nosotros, viejos lectores de Foucault, la primera persona del singular, esa primera persona que dice yo cuando piensa, cuando escribe o cuando vive, es ya, quizá para siempre, un problema, y se nos ha hecho ya, quizá para siempre, lo más difícil.

Ensayar a distancia.

Yo no pinto el ser, pinto el devenir.
Montaigne.

Hombres de hechos u hombres de aire, esa es la alternativa.
T.W. Adorno.

El ensayista abre y ajusta una distancia. Esa distancia no sólo nos separa del mundo, de la realidad, del presente, sino que, sobre todo, nos separa de nosotros mismos. La cuestión es si esa distancia puede ser llamada aún una distancia crítica o una distancia reflexiva o le convendría, quizá, lo que Tomás Abraham, en la conferencia de apertura de este mismo seminario, llamó una distancia meditativa.

El ensayo nace con la crítica, es el género de la crítica. Pero quizá habría que corregir lo que entendemos por crítica. En primer lugar porque, si el ensayo es el género de la crítica, es porque es el género de la crisis, de la crisis de una cierta manera de pensar, de hablar, de vivir. La experiencia del presente hace del presente un momento crítico, de transición, de mutación. Y es en esa mutación en la que el ensayista quiere insertarse. El ensayo es la escritura de un tiempo inseguro y problemático, de un tiempo “a la deriva”, como decía Montaigne. Por eso el ensayo florece en el Renacimiento tardío, cuando termina la gran cultura medieval de base teológica, en el siglo de las luces, cuando el espíritu crítico de la Ilustración coincide con la crisis el espíritu de sistema del racionalismo del siglo XII, en el siglo XIX, al final de las grandes construcciones del idealismo, y ahora, con la crisis de la modernidad. Por eso está ligado a la perplejidad. Y al escepticismo. El ensayo tiene algo de suspensión del juicio. Aparece cuando la facultad de juzgar hace aguas, cuando los criterios con los que podemos juzgar lo que es o lo que debería ser no existen. Hay en el ensayo una renuncia a la seguridad de la teoría, a la seguridad de la práctica. Por eso está ligado al antidogmatismo en todas sus formas: ni la seguridad del sistema, ni la seguridad del método, ni la seguridad de la idea, ni la seguridad de los hechos. El ensayista no puede hablar en nombre de nada: ni en nombre del saber sobre el presente ni en nombre del poder sobre el futuro. El ensayista practica la *skepsis* (crítica e indagación) más que la *gnosis* (saber). Pero se trata de una *skepsis* que se conserva como *skepsis*, que no aspira a convertirse en *gnosis*. El ensayista no hace del escepticismo un saber, sino una actitud.

En el ensayo funciona una crítica inmanente. La crítica es parcial, provisional, abierta, sin fundamentos transcendentales. Se trata de una crítica basada en la experiencia y, al mismo tiempo, experimental, que abre la experiencia. Se trata también de una crítica reflexiva, doblada hacia uno mismo. En el ensayo la crítica se confunde con la autocrítica, con el desprendimiento de sí, con un desprendimiento que tiene que ver con

la desujección de los juegos de la verdad y de los juegos del poder, de las innumerables redes que tejen la verdad y el poder, tanto desde el lado del poder de la verdad como desde el lado de la verdad del poder. Por eso, en el ensayo, la crítica es, indiscerniblemente, un ejercicio de libertad o de liberación, una ascesis de la libertad. El ensayista no puede sino confiarse críticamente a la propia experiencia, no le queda sino experimentar, ver y hacer ver hasta dónde es posible hablar y pensar de otro modo, hasta dónde es posible vivir de otro modo. Por eso no se trata, en el ensayo, de medir la realidad con la idea, sino medir la experiencia con respecto a la verdad del poder y al poder de la verdad. Algo que quizá se llame pensamiento.

Esta sería, para mí, la tercera operación de Foucault sobre el ensayo y su marca en todos nosotros, lectores ya viejos de Foucault: pensar la crítica, o la meditación, o el pensamiento como un ejercicio de libertad, como un ejercicio más afirmativo que negativo, más creativo que militante, más de exposición que de oposición. Por eso para nosotros, viejos lectores de Foucault, la crítica es ya, quizá para siempre, un problema, y se nos ha hecho lo más difícil.

Ensayar escribiendo.

Los otros forman al hombre, yo lo recito.
Montaigne.

La escritura es uno de los lugares del ensayo. No hay duda de que ciertas modalidades de producción artística también están atravesadas por la operación ensayo. Sería interesante, quizá, pensar desde esta perspectiva algunas de las formas artísticas más experimentales de las vanguardias históricas y de sus herederos. Algunos de los cineastas de la Escuela de Barcelona, incómodos ante la distinción entre cine documental y cine de ficción y lejos, desde luego, de toda intención didáctica o teórica, lo que podríamos llamar cine de tesis, llaman ensayos a sus producciones. Tengo la sensación de que algunas de las formas más interesantes de renovación de la novela la aproximan al ensayo, y no pienso en Saramago. Además, en todos esos dominios se han operado también profundas transformaciones en la concepción de lo que sea la realidad (con nuevos conceptos y nuevas prácticas de realismo), en lo que sea el autor, o la obra, en las relaciones entre el arte y la verdad, el arte y la crítica, el arte y la libertad. En muchos dominios podría pensarse también en algo así como en un retorno del ensayo, un retorno que es también una reinención en tanto que, al reinventarse, al retornar problemáticamente, el ensayo se dirige hacia otra cosa liberándose de sus presupuestos modernos.

Sabemos que Foucault fue muy sensible a la literatura y a las artes. Sabemos que Foucault hizo de su relación con la literatura y con las artes algo más profundo que una ocupación marginal y algo más profundo también que una ocupación crítica. Foucault nunca hizo crítica literaria, ni siquiera filosofía de la literatura o del arte. Para Foucault, quizá, la literatura fue uno de los lugares que él escogió para una meditación sobre la relación entre escritura y pensamiento. Por eso, la última parte de esta conferencia no puede tener otro lugar que ese “entre” entre pensar y escribir, entre escribir y pensar. Qué es eso de una escritura que piensa, y que piensa sobre sí misma, y un pensamiento que escribe, y que escribe sobre sí mismo.

Es sabido que el ensayo ha sido considerado como un híbrido entre filosofía y literatura. Lo acredita como filosófico su voluntad de verdad, y como literario su voluntad de estilo. Pero en el ensayo tanto la verdad como el estilo son inseparables del sujeto y son inseparables de la vida, de la invención y de la experimentación de posibilidades de vida, de formas de vida, de estilos de vida. Pero es ahí donde aparecen los problemas. En el ensayo moderno, precisamente por su voluntad de autoría, el estilo expresa a la vez la experiencia de un sujeto y la construcción de un mundo. En el ensayo moderno, el estilo es el hombre, o el autor, o el sujeto. El estilo es la marca de la subjetividad en el lenguaje. Y en la verdad. Pero en la obra de Foucault se trata de otra cosa.

La cuestión de la literatura y su superposición con la cuestión de la escritura, de la escritura pensante y de la escritura del pensamiento, no tiene que ver sólo con los recursos expresivos aunque, en los recursos expresivos, no cabe duda de que Foucault es un escritor deslumbrante. Podríamos decir que, en Foucault, la cuestión de la escritura es el núcleo fundamental en el que afirma y al mismo tiempo problematiza su vocación filosófica y su concepción del pensamiento. Foucault trabaja a la vez con la ficcionalización de la filosofía y con la veredización de la literatura. Y ahí la escritura aparece como el lugar del pensamiento y como el enigma de una oquedad reflexiva que lo desfonda. En Foucault, el pensamiento se hace escritura, se piensa como escritura y, en el límite, se disuelve en escritura. Y es justamente al disolverse como escritura cuando se abre a su propia transformación, a su propio ensayo. En Foucault ensayar sería una experiencia simultánea de escritura y de pensamiento, una experiencia en la que se decidiría qué es lo que nos es dado decir y qué es lo que nos es dado pensar, al mismo tiempo, en presente, en primera persona.

Y esa sería, para mí, la cuarta operación de Foucault sobre el ensayo y su marca en todos nosotros, lectores ya viejos de Foucault: convertir en problema la relación entre escritura y pensamiento. Ahora ya sabemos que pensar de otro modo exige escribir de otro modo, que nuestra voluntad de un pensamiento otro es inseparable de nuestra voluntad de una escritura otra, de una lengua otra. Por eso, para nosotros, lectores ya viejos de Foucault, la escritura es ya, quizá para siempre, un problema y la escritura se nos ha hecho ya lo más difícil.

Ensayar.

Y ahora sí, la cita:

En cuanto al motivo que me impulsó, fue bien simple. Espero que, a los ojos de algunos, pueda bastar por sí mismo. Se trata de la curiosidad, esa única especie de curiosidad, por lo demás, que vale la pena practicar con cierta obstinación: no la que busca asimilar lo que conviene conocer, sino la que permite alejarse de uno mismo. ¿Qué valdría el encarnizamiento del saber si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y hasta donde se puede, el extravío del que conoce? Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar distinto de cómo se piensa y percibir distinto de cómo se ve es indispensable para seguir contemplando o reflexionando. Quizá se me diga que estos juegos con uno mismo deben quedar entre bastidores, y que, en el mejor de los casos, forman parte de esos trabajos de preparación que se desvanecen por sí solos cuando han logrado sus efectos. Pero ¿qué es la filosofía hoy –quiero decir la actividad filosófica- sino el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo? ¿Y si no consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde sería posible pensar de

otro modo? Siempre hay algo de irrisorio en el discurso filosófico cuando, desde el exterior, quiere ordenar a los demás, decirles dónde esta su verdad y cómo encontrarla, o cuando se siente con fuerza para instruirles proceso con ingenua positividad; pero es su derecho explorar lo que, en su propio pensamiento, puede ser cambiado mediante el ejercicio que hace de un saber que le es extraño. El “ensayo” –que hay que entender como prueba modificadora de sí mismo en el juego de la verdad y no como apropiación simplificada del otro con fines de comunicación- es el cuerpo vivo de la filosofía, si por lo menos ésta es todavía hoy lo que fue, es decir una “ascesis”, un ejercicio de sí, en el pensamiento.

Coda.

Debería acabar aquí. Pero he comenzado esta conferencia recordando el tiempo en que éramos jóvenes y leíamos a Foucault, y eso se paga. Me he permitido leerles un fragmento de mi diario de aquellos días, y eso se paga. Les he invitado a confundir el balance de la obra de Foucault a los veinte años de su muerte con el balance de lo que hay de vivo en nosotros mismos, y eso se paga. Así que terminaré escribiendo una palabra que quisiera en presente, que quisiera en primera persona y que quisiera liberadora, o libertaria. Una palabra que no sé si es foucaultiana, aunque creo que sí que lo es, o que lo podría ser, pronunciada aquí y ahora por un viejo moralista que leía a Foucault queriendo ser Montaigne. Una palabra que quisiera que nos protegiera aunque sólo fuera un poco de ese destino quizá inevitable de delfines lamentables, de herederos de cuarta fila, de usufructuarios de posiciones universitarias más o menos confortables, de cazadores de becas, de burócratas del pensamiento, de peticionarios de respetabilidad o de legitimación, de ladrones de ideas ajenas o de repetidores de textos ajenos, de administradores de obras de otros... de ese destino profesoral, triste y mortecino que acompaña a todos los epígonos demasiado cobardes, demasiado mediocres. Me refiero a la palabra *verdad*. Pero no entendida como la relación entre un enunciado y la así llamada realidad, sino como la relación entre cada uno de nosotros y su escritura, su pensamiento y su vida. Una relación que no sea de dominio, sino de compromiso, que no sea de apropiación, sino de transformación. Que haya alguien dentro de nuestra forma de escribir, de nuestra forma de pensar, de nuestra forma de vivir. Sea la que sea. Que mantengamos al menos la mínima dignidad de escribir sin mentir y sin mentirnos, de pensar sin mentir y sin mentirnos, de vivir sin mentir y sin mentirnos. En un presente cada vez más difícil y nunca garantizado. En una primera persona cada vez más imposible pero siempre perseguida. En una distancia crítica cada vez más problemática y más escéptica pero cada vez más libre. A la vez en singular y en plural. Escribiendo. Pensando. Viviendo. Siempre en devenir. Ensayando. De otro modo. Quizá la lección de Foucault sea, en definitiva, una lección moral, como todas las que valen la pena. Algo que tiene que ver con la verdad de un constante ejercicio de sí en la escritura, en el pensamiento, en la vida. Algo que tiene que ver con la honestidad y con la generosidad. Algo que tiene que ver con el ensayo.